

843
5.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA2235
-D6
IS

Es propiedad



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de MARIANO GALVE, Aviló, 18. — BARGELONA

LA INGENUA

I

Justino Lignón paseaba por la calle de Lafayette, mirando distraído, contra su costumbre, pues generalmente marchaba de prisa, llevando bajo el brazo la cartera que caracteriza á los empleados en oficinas particulares.

Era un día primero de Abril, que convidaba á la holganza, y como Justino no llevaba la indispensable cartera, se sentía más ligero; además, ya se sabe, que la posesión de unos billetes de banco hace al hombre más libre.

Los cinco últimos días del mes se camina más agobiado, la prosa de la vida cansa, y sin querer, se piensa en el sastre, el zapatero y demás facturas que amenazan suspendidas como la espada de Damocles. Los dos últimos días vuelven al ánimo con la esperanza del próximo sueldo, y por fin, el último día, se sale de la oficina, con el aire satisfecho y con la arrogancia del hombre que tiene dinero en el bolsillo.

Justino, tan propenso como cualquiera á la satisfacción del primero de mes, y á pesar de ser éste el de Abril, no estaba contento. Para colmo de impresiones conmovedoras vió desfilar hasta cinco bodas, pues la hora era la que los recién casados dedican al paseo en coche por el bosque, y observó el aire de importancia de las recién casadas y las risas de los jóvenes del acompañamiento.

Hacía tanto tiempo que Justino no asistía á una boda, que no recordaba las molestias de esa fiesta. Pensó rápidamente en sus amigos, se aseguró que ningún acontecimiento análogo se aproximaba y se afligió. Tampoco por la calle pasaban más bodas.

Nuestro amigo miró á la acera, tan animada, en la que había tropezado ya más de una vez con personas más ocupadas que él; suspiró y pensó en la casa editorial, en que estaba empleado y donde acababa de cobrar su sueldo, con un aumento sobre lo acostumbrado.

Es muy grato llegar á cuatro mil francos, cuando se gana tres mil seiscientos, y era ya satisfactorio tener tres mil seiscientos á los dos años de su ingreso.

Justino había llegado á París con un acento provinciano muy marcado y una carta de recomendación, teniendo la suerte de ser colocado en seguida en una gran casa editorial, en la que su escrupulosa honradez le había hecho ser apreciado en poco tiempo.

Dos cosas caracterizaban á Justino: su probidad y la buena opinión de sí mismo. Su pelo castaño cubría ambiciones sin límites; en el café de Angulema, su país, entusiasmaba á sus amigos por la facundia de su palabra.

—¡Oh, tú irás lejos!—le decían con profunda convicción.

Y él lo creía aún más que ellos.

¿Cómo se hace para ir lejos? ¿Se ha de marchar de prisa, en seguida, ó se ha de ir con prudencia? Justino estaba por lo primero, hubiera querido violentar las puertas, sobre todo las de los teatros, pero.....

Desde que un crítico eminente dice, lo menos doce veces al año, que los jóvenes deben aprender el teatro antes de meterse á hacerlo, los directores son inabordable; por lo menos así lo dice Justino, y él no es amigo de aprender.

¡Aprender cuando se es un genio! ¡Doblegarse á un oficio cuando se tienen aspiraciones tan altas como la cúpula del Panteón! No; Justino trabajará para el teatro más tarde, cuando haya vencido las resistencias dándose á conocer por algunos buenos libros.

¿Qué es un buen libro? Se preguntaba nuestro héroe subiendo por las calles de Lafayette. ¿Es un libro bien hecho? No, porque algunos libros están bien hechos y no son buenos. ¿Un libro divertido? Tampoco. ¿Un libro útil, acaso? ¡Ay! Mirad en los puestos de libros viejos y los veréis llenos de volúmenes útiles, indispensables y que nadie lee ni ha leído nunca.

Lignon convino en que había dos clases de libros que él consideraba buenos: los que hacen que se hable de ellos con alabanza y los que se venden mucho. El que reuna estas dos condiciones será excelente.

¿Una novela? La novela no está mal.....

¿Argumento para ella? No faltan argumentos. En las cinco bodas que había visto desfilar, había, seguramente, cinco argumentos en lo pasado y en lo por venir, ó en los dos á la vez. La cuestión es adivinarlos. Justino estaba seguro de encontrarlos, si quería tomarse la molestia de buscar sólo cinco minutos.

Pero una novela es insuficiente para poner al autor

en el más elevado lugar. Acaso un libro de economía política. ¡Este sería un golpe de maestro! Se atrae sobre sí la atención del gobierno; con algunos amigos políticos y algunos artículos bien combinados, ¿qué no se obtiene? Justino tenía á su disposición gran número de obras publicadas por la casa editorial en que estaba empleado, los documentos no le faltarían.

Entre la calle de Taitbout y el parque de Montholon, trazó Justino el plan del libro y el de su destino. ¿Por qué no había él de llegar á ministro? ¡Otros que no valían tanto como él lo habían sido! En esto, y por mucha que fuese su ambición, no se equivocaba. Y una vez publicado su libro de economía política, una vez adquirida una posición, escribiría novelas por distraerse. ¿No tenía un ilustre precedente en Mr. Disraeli, sin hablar de Sir Lytton Bulwer?

Tales ideas no nacen de pronto en la mente de un hombre; Justino hacía tiempo que dedicaba sus meditaciones á tan transcendental asunto; pero con el sol de Abril y las impresiones de aquella tarde, se habían manifestado con tal entusiasmo, que se creía más grande, más bello que nunca; sentía deseos de abrir las piernas y dejar pasar por debajo hasta los carruajes, tan liliputiense le parecía todo lo que le rodeaba y tan gigante se creía en sus concepciones.

Entre tanto tenía que tomar el ómnibus para volver á la casa Corroyeur, situada cerca del Panteón. El imperial de un tranvía no deja de ser poético; el movimiento ondulante del carruaje, la proximidad de las hojas nuevas de los árboles, envolviéndoos en doble hilera de verdura, tienen sus atractivos.

Cuando llegó á la estación del Este, Justino trepó al imperial del tranvía de Montrouge y paseó alrededor la mirada penetrante de sus ojos grises. Se apro-

ximaba una señora acompañada de una jovencita, casi una niña, á la que daban más esbeltez dos hermosas trenzas de pelo castaño, que le llegaban más abajo de la cintura.

—¿Subamos al imperial?—dijo la joven á su madre. Justino se fijó en que la voz de la joven era dulce y modesta

La madre, menos esbelta, no se preocupaba por el imperial. La propietaria de las hermosas trenzas levantó la cabeza con aire de enojo, y su rostro, oculto hasta entonces por el sombrero de paja, á las miradas de Justino, pareció á éste de un delicioso conjunto.

Los labios, algo abultados, eran rojos y frescos; el óvalo un poco grueso; las mejillas carnosas y sonrosadas, carecían de distinción; pero la frente era bonita y los ojos.... ¡Ah! ¡Qué ojos! Justino se sintió herido en el alma.

Azules, ni grandes, ni bellos, ni aun iguales, con una irregularidad chocante, tenían una expresión tierna, original, maliciosa y resignada á la vez, lo que parecía invitar á uno á pedirles favor.

¿Por qué aquella joven había dirigido al imperial del tranvía su mirada tan llena de cosas extrañas y encantadoras? Justino se quedó encantado y no trató de saberlo.

Las dos mujeres se sentaron en el interior y Lignón se levantó, con un deseo inconsciente de sentarse enfrente de aquellos ojos azules; pero observó que todo estaba ocupado y volvió á sentarse.

Cerca de la calle de Rivoli, la joven de los ojos azules y su madre se apearon, las trenzas ondularon un momento entre un maremagnum de carruajes y Justino las perdió de vista y no volvió á pensar en ellas.

El plan de su libro le absorbía por completo. Sin

embargo, como era un buen empleado y hombre de conciencia en todo, una vez en su oficina, dejó la economía política para ocuparse de las cuentas del día.

Sentado ante su escritorio, trabajó sin distraerse hasta las seis; pero en cuanto sonaron los cuartos, colocó en la cartera sus papeles; mientras tocaban las seis cerró con llave su cajón, y cuando el reloj repetía la hora ya estaba en la calle Soufflot, encima del Luxemburgo.

¡Qué hermoso día es el sábado, sobre todo después de las seis! ¡Dichoso sábado! Primo carnal del domingo, ofrece sobre este la ventaja de no tener detrás de sí un lunes que espanta, al pensar que á la mañana siguiente hay que volver al impío trabajo. El sábado se acuesta uno cuando quiere, porque nada le obliga á madrugar, después de un sueño reparador, que no perturba ningún recuerdo molesto. Durante la noche del domingo al lunes es cuando se sueña ó se recuerdan las molestias que esperan al día siguiente.

Seguro Justino, de tener veintiocho ó treinta horas de tranquilidad, entró en el Luxemburgo y se sentó.

Si ordinariamente se imaginaba un príncipe, hoy se creía rey de la creación. Su libro le abría inmensos horizontes; los amigos que había adquirido por su bondad é integridad proverbiales, se admirarían cuando les hablasen de él. Cuando se reuniesen en el café, les explicaría el plan, el desarrollo y las partes de su triunfante obra. Preocupado por la cuestión, insignificante al parecer, pero que no debe descuidarse, de la presentación, abandonó las frescas arboledas, el agua azul del estanque y las hermosas estatuas de mármol, para ir á dar un vistazo y el efecto que producen los libros por la cubierta y el *formato*.

La cubierta amarilla era la mejor, llama más la

atención y á primera vista, parece que se trata de una novela.... Era preciso encontrar un título susceptible de confusión, equívoco; el lector desearía leer el libro, y aunque engañado, al ir á cerrarlo, no podría por menos de continuar la lectura por el interés... Justino era muy honrado pensó en los editores, pero ¿por qué no se lo había de hacer él mismo y no beneficiar á los demás? La experiencia es un capital que precisa saber emplear.

De pronto se dió cuenta que era tarde y sus amigos le esperarían, pues siempre era puntual á sus reuniones de los sábados, y apretó el paso sin perder su aire de importancia.

II

Habían cenado en el entresuelo de su pequeño *restaurant*, no quedaban sobre la mesa más que los corchos, los saleros y las tazas de café. Los amigos de Lignón discutían las ideas más opuestas con el calor de la gente joven y convencida. Uno sólo, entre todos, escuchaba sin hablar, indolentemente sentado y como coleccionando lo que los otros decían, para emplearlo en ocasión oportuna.

—¿Y bien, Muriet, qué opinas?—preguntó uno?

—¿Sobre qué?

—Sobre la cuestión de los salarios.

—No digo nada; escucho,—dijo Muriet sin alterarse.

—Cuando éste tenga alguna opinión—dijo Roufier con enojo—será porque lo hayan cambiado.

—Tengo mis opiniones; pero me las guardo—dijo Muriet con tranquilidad.

—Por temor de gastarlas, ¿verdad? ¡Ah! ya puede asegurarse que por no gastar ni aun las palabras.

—Las uso para cuando las necesito, pero no me gusta desperdiciarlas.

—Las usa para obtener protección — dijo otro interlocutor, — y bien puede decir que le sirven, por que sin protección.....

—¿Quieres decir que no tengo talento? — dijo Muriet conteniéndose. — Pues bien, querido, haz como yo. Busca protección porque en cuanto á talento se puede asegurar que no tienes más que yo.

—Eso no es muy seguro — murmuró Roufier. — Además yo no he hecho genuflexiones en ninguna antecámara.....

—Bien, pero la antecámara conduce al salón y al comedor; — replicó Muriet sentándose — y las buenas comidas no son de despreciar, especialmente al que agradan las ostras, que tan caras cuestan.

—Eso es, y te sirves de las conchas de las ostras que comen en las casas donde te convidan para calzar tus planos que sin ellas no estarían á plomo — dijo Roufier, satisfecho de la pulla. — Entre arquitectos es un servicio que se puede hacer.

—¿Quien te ha dicho que yo como en casa de los arquitectos? — preguntó Muriet con voz sombría.

—¡Oh! Eso no se sabrá nunca. Eres muy misterioso.

Todos los concurrentes escuchaban la conversación que, con apariencia de insignificante, tenía gran interés y parecía una querrela. Los dos jóvenes estaban siempre en competencia que hasta entonces se había resuelto á favor de Muriet aunque todos creían más capaz á Roufier. Pero éste, ingenuo y delicado, no quería deber nada más que á su mérito, lo cual le

hacia correr el riesgo de quedarse desconocido para siempre.

Lignón, que por temperamento odiaba las disputas, quiso variar la conversación y preguntó á Muriet.

—¿Dónde vas mañana que es domingo?

—Come en la ciudad, — dijeron todos á un tiempo y riendo.

—En la ciudad no, en el campo, — dijo Muriet con gravedad.

—¡Bravo! — dijeron todos aplaudiendo.

Muriet saludó, como los actores saludan al público.

—¿En casa de gente rica? preguntó Roufier.

—No ricas, pero sí amables. ¿Quieres que te presente Lignón? Tú que tienes vocación literaria, encontrarás algo que estudiar.

—Puedes ir, Justino, en la seguridad que cuando te invita es porque nada habrá allí para él ni para nadie.

—No es cierto: hay una joven deliciosa.

—¿Por qué no te casas con ella? dijo burlonamente Roufier.

—Porque no tiene un cuarto y yo no me casaré más que con una mujer rica.

—¿Por amor?

—Sí por amor. Siempre se ama á quien nos da el bienestar.

—¡Quiá! — dijo Lignón con entusiasmo — mi sueño es, ser todo para la que yo ame, quisiera que me debiese la felicidad por completo.

—Ese sueño no es difícil de realizar, pues lo que sobran son mujeres que no tienen un real — dijeron los demás burlonamente.

—La quisiera joven, muy joven, para que nada impuro hubiese desflorado su alma.

—En la lactancia, pues—le replicaron.

Pero Lignón sin desconcertarse, repuso:

—Muy joven;—ignorante de la vida, feliz con el bienestar que yo le diese y que sobrepujase á sus esperanzas.

—¡Nabab! ¿Tienes acaso un tesoro escondido?

—¡Sí!—replicó Lignón con ese tomo de suficiencia admirable que se ha convenido en llamar modestia.

—¿Es algún tío, alguna mina ó alguna martingala?

—No—dijo Justino; y paseando su mirada por el auditorio añadió solemnemente:

—Hago un libro.

—¿Una novela?

—Nó, nada de novelas.... más tarde acaso.... por por ahora mis aspiraciones son más elevadas.

—Vamos; sé bueno, no nos hagas sufrir, ¿qué es lo que haces? ¿un libro de alquimia?

—No, un tratado de economía política.

Lignón parecía, al decir esto, tan seguro de sí mismo que ninguno supo que replicar. ¿Por qué no había de ser cierto?

Como tampoco tenían nociones de esa ciencia, el anuncio de la obra, no produjo ni censuras ni aprobaciones, con gran disgusto de Justino que hubiese deseado la controversia, pues se sentía tan satisfecho de su ciencia que hubiese expuesto sus ideas con entusiasmo.

—¿Y qué, vienes conmigo mañana?—dijo Muriet.

—¿Es lejos?

—En el Bosque de los Palomos.

—¿Y á eso llamas el campo?

—¡Caramba! primero bosque y luego palomos,

¿quieres algo más rural? Además allí hay sitios que no conoces. donde hacen desmontes.

—¿Como en Australia?

—Lo mismo. Iremos sobre las cuatro á hacer una visita, y nos harán quedar á comer.

—¿El primer día?

—Ya te he dicho que son personas muy amables, que hubiesen inventado la hospitalidad si no hubiese sido conocida. Se come mal, pero lo ofrecen con buena voluntad.

Justino sentía una vaga desconfianza y aprovechando la conversación de los demás dijo á Muriet:

—¿Por qué tienes tanto interés en que vaya contigo?

El joven arquitecto se sonrió y encogiéndose de hombros le contestó:

—¿Quieres saberlo? Pues bien, porque la joven tiene una linda cabeza; proponle hacerle su retrato, ya que tu haces algo de acuarela, y eso nos dará ocasión de pasar algunos buenos ratos este verano.

—¿Le haces el amor? preguntó Lignón medio contento, medio escandalizado.

Muriet se metió las manos en los bolsillos, volvió á encogerse de hombros y contestó:

—¡Qué tonto eres! ¿no te digo que no tiene un cuarto?

—Bueno; iré á buscarte á las tres—replicó Lignón, sin darse cuenta si el sentimiento que experimentaba era curiosidad ó temor á ser cómplice de algo que no comprendía.

III

Al día siguiente, entre tres y cuatro, los dos amigos bajaban del tren en el Bosque de los Palomos.

Dejando tras ellos la ciudad con sus estrechas y mal adoquinadas calles, se hallaron pronto en largas alamedas, empolvadas y plantadas de árboles jóvenes, en las cuales no se veía casa alguna. Acá y allá, varios muros viejos indicaban la existencia de alguna propiedad cuya fachada debería encontrarse en los confines de la tierra, á juzgar por la falta de todo indicio de ser viviente.

—¡Extraño país!—dijo Lignón mirando á diestro y siniestro los terrenos, rodeados de una pequeña empalizada, donde la hierba, salpicada de innumerables botones de oro, crecía libremente.

—¿Vivirá alguien aquí?

—Poca gente, pero con el tiempo se poblará esto. Así es como se fundan las ciudades. Ya ves que aquí hay trabajo para mí.

—¡Ah!, ya comprendo, ¿quieres edificar esta ciudad?

—Precisamente, y como por algún sitio se ha de empezar, se ha hecho por allá abajo....—indicaba una casita aislada, situada á un kilómetro de distancia, que parecía estar al fin del mundo civilizado, pues, más allá de ella, sólo se veía una triste arboleda cuyos mezquinos árboles se destacaban sobre el horizonte.

—¿Tú eres quien ha hecho construir eso?—preguntó Lignón sin demostrar admiración.

—Si, querido, después de todo no es tan feo como parece, es preciso ver el interior. Pobre, pero honrado.

—¿Las personas á quienes vamos á visitar son los propietarios?

—¡Cál! Son simples inquilinos; el propietario les alquila la casa por poco precio para atraer más gente;

cuando la haya, ésta escogerá el terreno, que, como ves, no falta.

—¡Oh no!—repuso Justino contemplando el desierto que le rodeaba.

—Y yo les construiré bellas casitas.

—¿Según el mismo modelo?

—O de otro por el estilo.

—¡Diantre!—dijo Lignón con un gesto de admiración burlona—estarán bien alojados. ¿Y el propietario te paga algo por frecuentar estos sitios?

—No; estoy al cuidado de las reparaciones.

—¡Es lástima! hubiéramos ido á medias.

Muriel no pareció gustar de esta broma; era un muchacho vividor; no repartía nunca sino lo que pertenecía á los demás. Bajo un sol que quemaba, como en Julio, aceleraron el paso y llegaron por fin á una pequeña reja que, sobre un basamento de piedra servía para cerrar la propiedad, de tal modo, que todo el que pasaba podía admirar la linda construcción y el buen arreglo del jardincito.

Ladró un perro, para el cual era gran acontecimiento la presencia de un transeunte, pues muy raras veces tenía el fiel guardián ocasión de verlo por allí.

En la escalera del vestíbulo, apareció, con un sombrero de paja en la mano, una joven que, al divisar á los visitantes, se apresuró á ponérselo en la cabeza y se dirigió á abrir la puerta.

—Buenos días, señorita,—dijo con soltura Muriel.—He traído á uno de mis amigos que deseaba conocer el país...

La muchacha, después de enérgica lucha con el enmohecido picaporte, pudo franquear la puerta; estrechó la mano que le tendía el arquitecto y echó una mirada á Lignón.

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
MEXICO, D.F.

Este se quedó estupefacto, deslumbrado; bajo el sombrero de paja, cuyo borde proyectaba una encantadora sombra sobre un lindo rostro, reconoció los ojos azules, aquellos ojos de color turquesa que le habían turbado la víspera, mientras acariciaba sueños de gloria sobre el imperial del tranvía.

—¿Quién es, Norina?—preguntó una voz masculina desde el interior de la casa.

—Es el señor Muriet, papá, y le acompaña un amigo.

El padre de la niña de ojos azules, apareció en el umbral. Era un hombre grueso, alegre, adornado con una pipa y un par de tirantes bordados,

—Sed bien venidos, señores,—dijo,—debéis tener calor, sentaos á la sombra.

Los jóvenes encontraron bienhechora aquella sombra reducida que el edificio proporcionaba.

Norina trafa dos sillas, de cuyo peso le aligeró Muriet, muy cortésmente, y luego se inició la conversación entre el dueño de la casa y los recién llegados.

Dos niños de ocho y diez años enseñaron sus desgreñadas cabelleras; luego desaparecieron rápidamente, y, momentos después, volvieron á presentarse, escoltados por su hermana que, indudablemente vendría de lavarlos, cepillarlos y peinarlos. Todos tres se sentaron con gravedad en los escalones pareciendo escuchar con interés el coloquio de los tres señores.

Los azules ojos de Norina se detenían sobre los forasteros con igual candor que sobre el señor Guerbais.

Justino, admirado de tal compostura, que para él no tenía precedente, se extasiaba ante la expresión de

esa inocencia casi sobrenatural; sus ojos contemplaban aquel precioso rostro, el cual no se inmutaba. Otro, más malicioso que Lignón, se hubiera acordado de que las miradas prolongadas y constantes deberfan ofender el pudor propio de una niña sin experiencia; pero Justino carecía de malicia.

Si creía en sí mismo, no creía menos en el prójimo; era este un defecto horrible desde el punto de vista práctico; desde el moral, podía ser una virtud.

—Buenas tardes, señores,—dijo la señora de Guerbais adelantándose por el vestíbulo.

La pequeña corte de chiquillos se separó para dejarla pasar, y ella se acercó á la visita. con la majestad de la mujer que, aunque ya no es joven, sabe que ha sido hermosa y se cree ser de talento.

Justino la saludó con todo el respeto debido y desde luego produjo á la señora muy buena impresión.

Tras algunas frases de puro cumplido, los jóvenes fueron invitados á comer, como lo había previsto Muriet, y, mientras llegaba la hora de sentarse á la mesa, toda la familia salió á darse un paseo á excepción de la señora, que, con objeto de vigilar los preparativos del banquete, decidió permanecer en la casa.

—¿Quieres que me quede, mamá?—preguntó Norina con extremada dulzura.

La voz era tan melodiosa como azules sus lindos ojos.

—No, hija mía, gracias, vé á distraerte,—respondió la madre con una sonrisa llena de bondad.—Ten mucho cuidado de tus hermanitos.

Estos corrían ya delante; el grueso del ejército se puso en movimiento con una lentitud que no carecía de dignidad. Norina se colocó entre la vanguardia y la retaguardia, á igual distancia de cada una, de modo

que podía reunir á los muchachos en caso de necesidad, sin por esto apartarse de la conversaci3n de que podr3a ser llamada á participar; el se1or Guerbois se aplic3 3 demostrar al nuevo hu3sped todas las ventajas de su casa de campo. Al alquilarle el inmueble, por un precio, 3n realidad, poco elevado, el propietario lo hab3a imbu3do en la idea, de que ser3a un deber ponderar 3 todo el mundo los encantos del lugar, 3 fin de atraer un vecindario. Guerbois acept3 la obligaci3n en el n3mero de las cl3usulas del contrato, y la cumpl3a tan 3 conciencia que, 3 veces, 3 falta de o3dos extra1os, se ensa1aba en los de Muriet, el cual, m3s de una vez, estuvo 3 punto de decirle:

—¡Ya me lo s3 de memoria, dejadme en paz!

Pero se conten3a prudentemente 3 fin de no perder la ventajosa situaci3n adquirida en la casa. Mientras se dirigi3an hacia el poco poblado arbolado, Guerbois vaciaba toda la urna de su elocuencia en el alma de Justino; 3ste se volvi3a todo ojos para mirar la silueta elegante de Norina, que iba delante de 3l, 3 seis 3 siete pasos de distancia, andando con una gracia algo majestuosa. Su esbelto talle no se balanceaba como esos 3lamos tan citados en las novelas pasadas de moda, sino que la ni1a caminaba derecha, airosa, con la cabeza ligeramente inclinada bajo su modesto sombrero. Volvi3a rara vez la cara, y s3lo para cerciorarse de la presencia de su padre. Su c3ndida mirada encontraba 3 menudo 3 la de Lign3n, el cual no se cansaba de admirar tanto candor; tambi3n se fijaba aqu3lla en la de Muriet, pero aun con menos malicia; sus ojos se deten3an un instante en los del joven, sin el menor rubor, y en seguida se dirigi3an 3 sus hermanitos 3 3 las margaritas del camino... ¡dichosas margaritas!

Una vez ya en el arbolado, los muchachos se entregaron 3 los juegos propios de su edad; la ni1a se sent3, recostada contra una vieja tapia, para formar un ramo de flores campestres que los j3venes se apresuraban 3 traerle, mientras el se1or Guerbois fumaba tranquilamente su pipa.

Justino se esforzaba en recoger una ofrenda digna de un altar y, encorvado, con la frente inclinada sobre la crecida hierba, caminaba; al par que su compa1ero, m3s listo, llevaba de cuando en cuando, 3 Norina algunas florecillas, y ten3a, ocasi3n, al entreg3rselas, de rozar los 3giles dedos de la joven ramilletera, sin que 3sta pareciera enterarse.

Cuando Justino entr3 triunfante con un ramo, el grupo se dispon3a 3 partir; Norina acept3 el homenaje del nuevo amigo, con el sencillo azoramiento de quien recibe algo de valor exagerado y digno de mejor causa.

—¡Cu3nta molestia os hab3is tomado, caballero!— dijo con encantadora sonrisa, y vivamente ruborizada.

—Para serviros, se1orita...—balbuce3 Justino turbado por el rubor de la joven.

Norina baj3 los ojos y llam3 3 su hermanito menor, 3 quien cogi3 de la mano y coloc3 3 su lado.

Una confusi3n seductora la dominaba y no la abandon3 hasta que, al salir del arbolado, se escap3 de sus manos el chiquillo.

Justino no se atrev3a ya 3 dirigirle la palabra por miedo de impresionar su sensibilidad exagerada. Nunca hab3a so1ado un pudor semejante, ni tan divina inocencia, ni modestia m3s natural y profunda. La miraba 3 hurtadillas con una especie de temor, como se mira 3 un objeto fr3gil y de excesivo precio, y no podr3a comprender c3mo su amigo Muriet interpelaba 3

cada momento con tanta libertad á aquella candorosa flor. Norina, generalmente, respondía, en voz baja, palabras que Lignón no oía; ¿no hubiera sido mejor dejar con sus castos pensamientos á la virgen que caminaba á su lado, envuelta en un vestido azul, cuyos esculturales pliegues traían á la memoria las estatuas de la antigüedad?

La comida que ofrecieron á los jóvenes, servida al aire libre, en el reducido jardín del Bosque de los Palomos, no era á propósito para romper el encanto de tales recuerdos.

Muriet, acostumbrado á tratarse bien, comía con verdadera gana y repetía hasta de los platos menos apetitosos, lo cual no dejó de extrañar á Justino.

Llegada la noche, los muchachos se durmieron con los codos sobre el mantel, mientras hablaban los tres señores. La conversación no ofrecía gran interés; las ideas del señor Guerbois ni eran nuevas ni exactas: en arte, profesaba rancias teorías; en literatura se mostraba romántico en demasía; en filosofía era partidario acérrimo de Rousseau, que era su único Dios. Sus convicciones prevenían únicamente de la casualidad de las lecturas, de las lecciones que había oído, y, por eso, se reunían en singular mezcla, algo análogo á lo que en los cafés se denomina un arlequín.

Al mismo tiempo que el señor Guerbois exponía su admiración por las obras de una literatura anodina, se veía, á través de la ventana del entresuelo, que Norina pasaba y volvía á pasar, ora acercándose á la cocina, para hacer alguna observación á la inexperta sirvienta, cuyos conocimientos se limitaban á distinguir una sartén de un cazo, ora penetrando en la habitación donde se hallaban las camas de los niños.

Sobre la chimenea de ésta ardía una bujía, cuya

débil luz se reflejaba en un espejo verdoso dando á la pálida imagen de la joven una apariencia sepulcral. La silueta de Norina se dibujaba en aquel fondo, resaltando la linda forma de su redondeada cabecita, y destacándose la elegancia de su talle y la tersura de su poco abultado pecho.

A menudo se situaba al otro lado de la vela y entonces se la veía inclinar su púdico rostro sobre la almohada, la que ahuecaba con sus manos, ó sobre las sábanas que arreglaba á sus hermanitos.

Todo lo hacía con una armoniosa lentitud, y los forasteros, embebidos en ese espectáculo, dedicaban poca atención á las ideas que Guerbois explanaba.

La madre vino á sacar á sus hijos de las dulzuras de un sueño anticipado, y éstos, medio sonrientes, medio enfadados, dieron las buenas noches á sus huéspedes, y subieron, no sin tropezones, los dos escalones que daban entrada á la casa; su hermana apoyó sus manos en los hombros de los muchachos, y todos tres entraron en el edificio para reaparecer pronto en la habitación alumbrada.

La señora de Guerbois entabló con Muriet una conversación puramente arquitectónica, que debía concluir por solicitar reparaciones en el inmueble.

Lignón contemplaba el silencioso cuadro interior que tenía ante sus ojos; los niños, ocultos breve instante á su vista, se le presentaron de nuevo con sus largas camisitas blancas, y los vió instalarse en sus respectivos lechos. Norina los abrazó, y al darles un tierno beso maternal, una de sus largas trenzas se deslizó sobre la camita, trenza que ella, con un gracioso movimiento, echó hacia atrás. Luego se aproximó á la ventana, y, en el momento de cerrar las vidrieras, se detuvo con los brazos en cruz, y los ojos clavados en

el cielo, cuajado de millares de millares de estrellas.... Cerró las ventanillas con cierto sentimiento, y, segundos después, apagó la bujía.

Muriet no había pestañeado. Lignón suspiró y, cosa extraña, nunca se preguntó por qué, la inocente Norina había desnudado á sus hermanitos con la ventana abierta, exponiéndolos á un resfriado.

La hora era avanzada, los jóvenes se levantaron para retirarse, en el momento en que la niña aparecía en el umbral de la puerta.

Lignón fué invitado á volver cuando lo tuviera á bien; se cambiaron numerosos apretones de manos, los dedos de Norina se alargaron tímidamente hacia la extendida palma de Muriet, y Lignón osó rozarlos con respeto; después los dos compañeros volvieron á la estación por el mismo camino que habían recorrido por la tarde, y que con el fresco de la noche les pareció menos árido y más corto.

Cuando estuvieron algo lejos, Muriet encendió un cigarro, se metió las manos en los bolsillos y volviéndose hacia Lignón:

—Un poco aburrido — dijo; — pero son buenas gentes!

—¡Es divina! — contestó Lignón lleno de fuego.

—Que lástima que no tenga un cuarto! — repuso Muriet, encogiéndose de hombros, lo cual era su gesto favorito. — Aparte de esto, tiene todas las virtudes; es mujer de su casa y muy cariñosa con sus hermanitos, ¿lo has visto?

Sí; Lignón había visto, había visto los cabellos castaños sobre la colcha; pero no dijo nada.

—Si en la arquitectura no se necesitase cierto capital, ¡ay!, querido, qué oficio más ingrato!; la literatura, al menos, produce, produce en seguida!

¡Pero á nosotros nos hace falta hacer oposiciones para llegar á algo, y mientras llegan las oposiciones es preciso tener algo que llevar á la boca!

Se calló y dió algunos pasos enarbolando en el aire su bastón que era más recio que una estaca.

—¡Pobre muchacha! ¿no da grima el pensar que semejante tesoro se casará con algún palurdo, con cualquier compañero de oficina de Guerbois?

—¿A qué se dedica el padre? — preguntó tímidamente Lignón.

—Está empleado en la Administración de Aguas potables... Ya ves, tres mil seiscientos francos de sueldo, y una pequeña renta que tiene por su casa, en fin, no llega á cinco mil francos, y con esa cantidad deben vivir cinco personas y la criada. ¡Por eso la pobre niña se hace sus trajes y viste á sus hermanitos... con una economía!

—Pero eso equivale á una dote — dijo Lignón emocionado.

—Sí, para un hombre que gozase de una posición asegurada; ¿pero tenemos algo fijo nosotros? No, amigo mío, — exclamó Muriet con energía — no, nunca seré egoísta hasta el extremo de hacer participar de mi miseria á una mujer que yo ame, de asociar á las tribulaciones de mi vida á una compañera honrada... Se me despedazaría el corazón! Me casaré con una mujer rica, ó no me casaré!

—¡Muy bien! — estuvo á punto de decir Justino.

Se contuvo sin saber por qué, y volviendo á la causa reciente de sus preocupaciones:

—En efecto, sería lástima que se casase con un zopenco; pero es bastante bella é inteligente para encontrar un hombre rico, que se una á ella por amor...

—Lo crees así, ¿crees que hay hombres ricos que se casan por amor? ¡cuánto más rico se es, querido, más se busca la riqueza! Cítame un ejemplo de un hombre que posea una fortuna y se haya desposado con una muchacha pobre.

Como Justino no estaba preparado á la pregunta, y en caso de haberlo estado no habría recordado en aquél momento ninguno de tales matrimonios, guardó silencio.

—No, querido,—repuso Muriel,—y aun nosotros, los artistas, somos los que damos el ejemplo de esas uniones heroicas.... Mas, por mi parte, confieso que nunca tendré valor para ver padecer, por culpa mía, á seres que me sean queridos.

La estación estaba llena de gente; esperaron dos horas viendo marchar los trenes, que iban llenos, tomaron por asalto un vagón, y entraron en su casa á pie, á cosa de la una de la madrugada.

IV

—¡Cómo ha crecido esta pequeña! Pronto llegará la hora de casarla —dijo la señora de Breteuil mirando á Norina con una admiración que no trataba de ocultar.

Norina se sonrojó, y clavó los ojos en su vieja amiga; cuando se ruborizaba, siempre levantaba la vista sobre la persona que la había hecho ruborizar; probablemente á fin de saber por qué había enrojecido.

—¡Aun tenemos tiempo!—respondió la señora de Guerbois; no le hagáis concebir esas ideas, ¡es preci-

so que trabaje! Ya sabéis que no podemos darle nada. Si quiere un dote ha de ganárselo.

—¡Eso está muy bien! Creo, sin embargo, que no me estará prohibido ayudarla! —repuso bondadosamente la señora de Breteuil. —La quiero á esta monina. No olvidéis, Eulalia, que la he visto nacer, y que me considero como si fuese su tía.

—Habéis tenido para ella el cariño de una madre —repuso la señora Guerbois;—pero os lo paga en afecto.

—¡Pobre querida! —dijo sonriendo la anciana señora. Ven á comer con nosotros el jueves. Tenemos algunos amigos, eso te distraerá. Es preciso acostumbrarse á estar en sociedad! Me la confiáis, ¿verdad, Eulalia?

La señora de Guerbois consintió con un aire digno; en realidad, estaba encantada.

La de Breteuil se levantó. abrió uno después de otro dos cajones de su joyero, y los cerró, haciendo brillar entre sus dedos un collar de gruesas cuentas de coral.

—Ten, chiquita, dijo á Norina,—te pondrás esto los domingos; procura no perderlo: es una alhaja de mi pobre Lucía, niña que hemos perdido cuando tenía doce años. Ya hace mucho tiempo, ¿no te acuerdas?

Los ojos de color turquesa se llenaron de lágrimas de gratitud.

La señora de Breteuil depositó un beso sobre la frente pura que se inclinaba delante de ella, y reprimió un hondo suspiro.

Había envejecido prematuramente y los cabellos blancos que rodeaban su honrada fisonomía, aparecieron antes de tiempo; los hijos que se murieron habían dejado en su corazón una llaga que manaba constante-